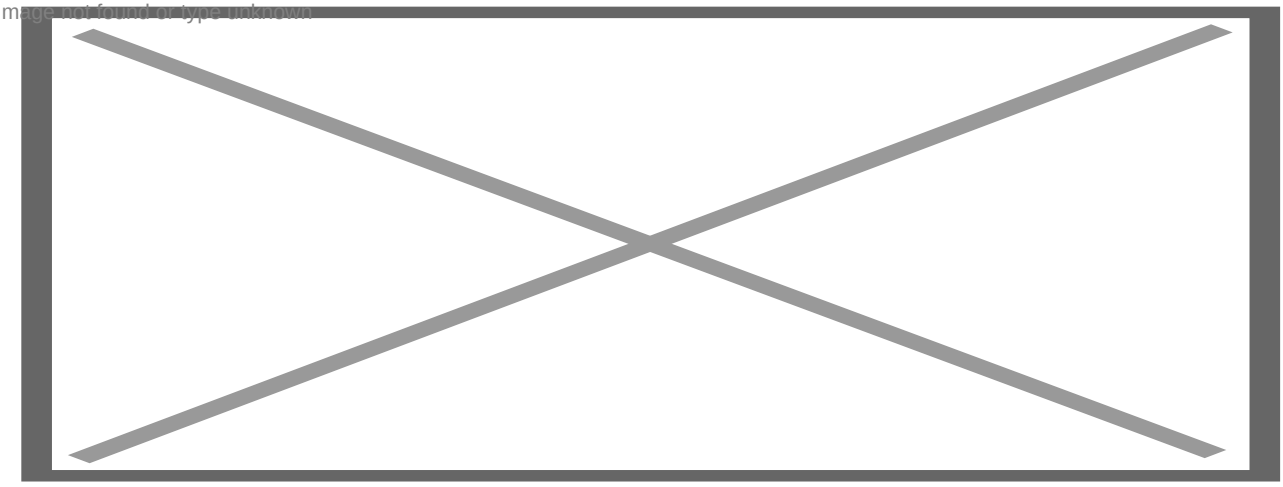
EVARISTO CARRIEGO

DE PARANÁ A CONCORDIA

Por Evaristo Carriego

Aproveché la ocasión que se me ofrecía de ir a conocer la ciudad más comercial y progresista de Entre Ríos. Había sido invitado, como tantos otros, a la inauguración del ferrocarril a Concordia, y aunque enfermo, como estaba, y sabiendo que en un viaje precipitado como aquél hay que sufrir algunas incomodidades, me decidí sin embargo a arrostrar todos sus inconvenientes. Tenía un motivo especial para ello, y era el recuerdo del hombre que había concebido la idea de fundar con los restos de una población miserable, la ciudad de Concordia. Aquel hombre fue mi padre; quien hizo cuanto pudo porque se llevase a cabo su pensamiento.

Image not found or type unknown



Plaza 25 de Mayo - Concordia - 1902 - Tomada de www.delaconcordia.com.ar

La cita era para las 5 y media de la mañana y había que madrugar. Quince minutos antes estaba yo en la estación con mi ligero equipaje. A la hora indicada partió el tren, llevando unos sesenta viajeros de diferentes rangos políticos y sociales. No he tomado sus nombres, como acostumbran a hacerlo los grandes diarios de Buenos Aires para explotar la necedad humana, pero debo recordar al doctor Echagüe, gobernador de la provincia, a su sucesor el doctor D. Enrique Carbó, al ministro de gobierno doctor Tenreyro y al diputado nacional D. Alejandro Carbó. Los demás, es decir, los senadores, los diputados, los particulares y los empleados que formaban la comitiva, no necesitan ser nombrados.

La mañana estaba nublada y fría, lo que la hacía desagradable. Un día de primavera destemplada y sin sol, entristece el alma. Si yo fuera joven habría suplido estos inconvenientes, creando un cielo mejor que el que veía tan sombrío al través de mis largos años.

La rapidez con que el tren caminaba me representaba la brevedad de la vida. Sólo que el hombre, engolfado en sus placeres fugitivos o en sus angustias interminables, no siente el peso de las horas que se van precipitando sobre su cabeza.

El camino desde Paraná hasta Nogoyá me era ya conocido. Lo había atravesado hacía pocos años formando parte de otra comitiva oficial. ¡Si me habré vuelto cortesano! Me desconozco de veras.

La perspectiva que se desarrollaba a mi vista no me ofrecía ninguna novedad. Nada había cambiado. Todo tenía el mismo aspecto de pobreza que antes. Las sementeras de trigo y de lino daban sin embargo, cierta animación al resto de los campos desolados por la seca. En las estaciones intermedias pequeños grupos de población que más bien han disminuido